

Escritoras dislocadas: venezolanas que escriben desde el Itzmo

Nathaly Ponce Ulloa

nathaly.ponce@hotmail.com

Licenciada en Psicología egresada de la UCAB, con Maestría en Estudios de la Mujer de la UCV y Maestría en Educación con Especialización en Psicopedagogía de la Universidad Interamericana de Panamá, donde también cursó el Postgrado en Docencia Superior. Es Psicoanalista, miembro de los Foros del Campo Lacaniano, y miembro de la Red Hispanohablante de Psicoanálisis con Niños y Adolescentes (RHIPNA). Se ha interesado por las relaciones entre el psicoanálisis, los estudios de género y las manifestaciones culturales como el arte y la literatura. Ha publicado en revistas especializadas como la Revista Venezolana de Estudios de la Mujer, del Centro de Estudios de la Mujer de la UCV; Revista Azotea, del Foro del Campo Lacaniano de Venezuela; y la revista panameña de cultura Maga de la Universidad Tecnológica de Panamá. Actualmente es docente en en la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Santa María La Antigua.

Resumen

La literatura escrita por mujeres sigue siendo concebida como un género menor y cuando esto se cruza con la migración la segregación aumenta. Esto mantiene la discriminación, desvalorización e invisibilización de sus obras y los desplazamientos sociales que marcan nuestro siglo. Entre las venezolanas que están escribiendo en Panamá, encontramos obras que reflexionan sobre lo femenino y lo masculino, con personajes que se apartan de los roles tradicionales de género, y que permiten elaborar la pérdida del hogar y la posibilidad de retorno.

PALABRAS CLAVES: escritoras, literatura, migración, psicoanálisis.

Abstract

Literature written by women is still conceived as a minor genre, and when this intersects with migration segregation increases. This keeps the discrimination, devaluation and invisibility of their works and the social displacements that mark our century. Among the Venezuelan women who are writing in Panama, we find works that reflect on the feminine and the masculine, with characters that deviate from traditional gender roles, and that allow us to elaborate the loss of home and the possibility of return.

KEYWORDS: woman writers, literature, migration, psychoanalysis.

*Que sólo la escritura hace inteligible
el susurro de la belleza inquietante de la vida.
Gisela Kozak.*

De la migración se pueden escribir muchas cosas, todas en torno al dolor de la pérdida, al dolor de la adaptación, a esa incomodidad que surge en ese tiempo de reacomodo -que es indefinido y tan singular- o sobre la problematización del retorno, la ida y la vuelta, la angustia ante la posibilidad de regreso y reconocimiento, de los conflictos socio-económicos, lo político y los trámites, en fin, reflexionar sobre el deseo de ese espacio perdido al que, de volver, no se vuelve igual. ¿Cómo elegir entre tantas opciones, cuando se es mujer y extranjera? ¿Es mi momento de hablar sobre esta experiencia? ¿Desde dónde lo quiero hablar? Es a partir de estas preguntas que espero bordear, desde una mirada psicoanalítica, la experiencia de las mujeres y la escritura -que ha sido mi línea de investigación- ahora desde los efectos de la migración y la experiencia de tránsito, ya que la escritura es un acto que permite volver desde la distancia, y transitar el dolor y los nuevos vínculos desde otro lugar, el de autora o creadora.

321

Si miramos la diáspora venezolana, encontraremos un gran número de voces de la literatura escribiendo desde otras latitudes y, entre ellas, mujeres que ya tienen un lugar ganado en la literatura nacional, como es el caso de Gisela Kozak, Natasha Tiniacos, Eleonora Requena, Laura Gracco, Oriette D'angelo, Raquel Abend, Isa Saturno, Liliana Lara, Enza García, Gina Saraceni y otras que quedan por fuera de esta breve lista. Igualmente, desde hace ya varios años, dentro y fuera del país, es difícil preguntarnos sobre la literatura sin incluir lo político: qué están escribiendo los y las escritoras venezolanas en torno a la herida de nuestra tragedia política actual y qué ha modificado nuestra manera de pensarnos, escribirnos y definirnos. Y aun así, cada tanto alguien se autoriza; no dejamos de encontrar voces nuevas, entre ellas mujeres de diversas edades, que han iniciado el proceso creativo escriturario en el exterior, pero cuyas obras nos remiten a aquello que se dejó, al origen y a la experiencia de desplazamiento y encuentro con otros lenguajes.

Como es sabido, aun hoy la literatura escrita por mujeres sigue siendo concebida y estudiada como un género menor, como "literatura femenina", y cuando esto se cruza con la extranjería la segregación aumenta. Distinguir la literatura por sexo y nacionalidad, además de una categorización patriarcal, mantiene una forma de discriminar, desvalorizar e invisibilizar las obras de escritoras a lo largo de la historia, así como minimizar los desplazamientos sociales que marcan nuestro siglo.

Para la mujer que escoge la escritura como proyecto de vida, siguen existiendo barreras para escribir y publicar sus obras en una esfera cultural que privilegia la palabra

de los hombres, para luego enfrentarse además con que esa misma esfera cultural privilegia a “los nacionales”; al menos con eso nos encontramos específicamente en Panamá. Esto conlleva un esfuerzo doble por parte de la escritora para alejarse del lugar de musa o reproductora de los estereotipos asociados a lo femenino, y asumirse como autora con voz propia ¿y dislocada del nacionalismo?

Venezolanas escribiendo en el Istmo

Entre las escritoras venezolanas que se han autorizado ante la página en blanco y que residen en suelo panameño, destaco aquellas cuyas obras literarias considero que han sabido situarse dentro del grupo de mujeres que asumen cabalmente su posición de autoras, con una reflexión en torno a lo femenino y lo masculino, que nos lleva a obras con personajes femeninos que se posicionan no como objetos, sino como sujetos únicos y diversos que se apartan de los roles tradicionales de género, mujeres que se permiten desear cosas distintas a lo tradicionalmente asignado para ellas como una posibilidad real y satisfactoria, y no como una elección conflictiva.

Tal es el caso de las venezolanas Carolina Fonseca, María Pérez-Talavera y Yoselin Goncalves, cuyos recorridos literarios son diferentes pero sólidos. Carolina Fonseca, nacida en Caracas, ha publicado diversos libros entre los que destacan *Dos voces 30 cuentos* (2013), escrito con el escritor Dimitrios Gianareas; *Escenarios y provocaciones. Mujeres cuentistas de Panamá y México 1980 – 2014* (publicada en el 2014 en Panamá y en 2015 por la UNAM), como antóloga de la sección panameña, junto a Mónica Lavín; *A veces sucede* (2014), *Cuentos compactos* (2015) en conjunto con el escritor panameño Enrique Jaramillo Levi; *Impulsos indomables a plena luz del día* (2016), y *Resonancias. Cuentos breves de Panamá y Venezuela* (2016), como antóloga de la sección panameña, junto al escritor venezolano Joel Bracho Gheresi; merece una mención especial el trabajo de edición realizado por la autora en *¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género*, coeditado junto a las escritoras panameñas Olga De Obaldía y Danae Brugiatti, y mi persona en el 2017. Por su parte, María Pérez-Talavera, nacida en Valencia, ha publicado *Umbrales líquidos* (2015) y la novela ganadora del premio novela corta de Foro/Taller Sagitario Ediciones *Eran de madera* (2019). Sus textos forman parte del libro *De un tiempo a esta parte* (Asamblea de nuevos cuentistas en Panamá) del 2016, donde también participa Carolina Fonseca. Por último, Yoselin Goncalves, nacida en Barquisimeto, es la más joven del grupo y se dedica al género terror; publicó su primer libro de cuentos *No apagues la luz. Cuentos de terror y extravío* en el 2019, y la novela *El acecho de los inmortales* (2018), escrita en dos volúmenes. Estas tres escritoras participaron, a su vez, en el libro

Evidencias: 6 cuentistas venezolanos residentes en Panamá publicado este mismo año por la editorial Foro/Taller Sagitario Ediciones.

Las tres comparten el punto del dislocamiento. En Panamá son escritoras tratadas como extranjeras, marcando ese significante como si fuese un asunto ontológico-literario y segregándolas de diversos concursos literarios, de hecho, casi todos -como si la literatura no fuese universal; pero también son desconocidas en su tierra natal. Aquí en Panamá y allá en Venezuela son extranjeras, foráneas en ambos espacios y es por ello que, sin entrar en el dilema del retorno, una escritora puede quedar así en una posición de dislocamiento: ni de aquí ni de allá.

La dislocación es una especie de duelo en todas sus acepciones, como significante en el que se baten y adolecen los nombramientos, los anonimatos y la soledad, que para las mujeres implica una doble vuelta que incluye eso que se ha denominado ansiedad autorial. Al respecto, Mária Russotto (2006) plantea que para las mujeres que escriben, acceder a la creación literaria implica la pregunta sobre cuál es el lugar que se considera como “suyo” y en qué consiste la inscripción histórica de su propia obra, cómo se coloca con respecto a los conceptos de “unidad” y “coherencia discursiva”. Ello implica repensar las convenciones, argumentos, géneros literarios, estilos, metáforas y usos del lenguaje, codificados en la cultura patriarcal (que traspasa cualquier latitud) y que se han heredado de una generación a otra, ignorando o deformando la creación literaria a manos de las mujeres; a ello sumémosle el repensar la identidad en tanto se es extranjera y la diglosia.

Entendiendo que la palabra “autor” es, etimológicamente hablando, la persona que puede mantenerse en sí y para sí, en términos materiales y subjetivos -y por ello lleva implícita la noción de poder- hallamos que ejercer la autoría invoca la responsabilidad y un lugar de enunciación que ha cambiado para siempre el lugar de las mujeres en los espacios culturales y, por ende, en la sociedad (Russotto, 2006). Significa que para las mujeres es factible ejercer el poder, desde un lugar en el cual existe la posibilidad de mantenerse en su palabra, sosteniendo un discurso que no ignora las marcas del género, pero que tampoco reproduce la situación de la mujer en la sociedad patriarcal heteronormativa. Implica una deconstrucción de la política patriarcal, según la cual se construye la identidad. La llegada de las mujeres a la escritura implica un replanteamiento de la noción y del ejercicio de la autoridad, por medio de la autorización y de la apropiación de la palabra para encontrar la voz propia. Y la ida del país, la separación del origen-familia-hogar-infancia, en ocasiones permite construirse a sí mismo como otra, otra mujer que le hubiese gustado ser desde un principio, ser una escritora dando cuenta de un triple desplazamiento: temporal, espacial e identitario, otra piel.

Autoras dislocadas

Ha de ser hembra la luz.

Carolina Fonseca.

Desde la perspectiva del escritor o escritora, que ha atravesado la experiencia de dislocación, la escritura adquiere dimensiones múltiples en la que se tejen relaciones entre el país de origen y el país en donde se hospedan. Tal y como sostiene Gisela Heffes (2012), esta experiencia condiciona y deja una marca fluctuante que va a definir la voz, el tono y el lenguaje del o la escritora, y que puede llegar incluso a tener un efecto en el modo de ficcionar o poetizar el universo interno y externo, cuyo anclaje podemos ubicar en ese vaivén entre el estar y el no-estar, el pertenecer y el no-pertenecer y yo agregaría el elemento estructurante del lenguaje: mi lenguaje y el del otro, aunque hablemos el mismo idioma en Panamá y Venezuela.

En tal sentido, la experiencia escritural aparece como un hacer que permite atravesar la experiencia de la migración, elaborarla y construir un hilo que mantenga la unión con el hogar perdido. Pero no sería un cordón umbilical, en lo absoluto; la escritura vendría a ser una salida que le permitiría a la autora (y también al autor) saber hacer con su dolor existencial y encontrar maneras de volver, aunque no haya retorno. La literatura, como la poesía, aparecería entonces como eso que el psicoanálisis denomina el bien-decir y que se coloca en una línea de asociación de la poesía, el saber y la verdad. No en vano, en su Seminario 1 Jacques Lacan nos recuerda que, ante la pregunta de por qué sufrimos, Freud nos ofrece los versos de Heine, sobre un dios que nos habla y dice: “La enfermedad es el fundamento último del conjunto del empuje del creador. Creando me he curado” (1981/2004: 200).

Así, desde el psicoanálisis podemos pensar que, en el acto de escribir, guiado por una significación a transmitir y asegurar, aparece una “palabra viviente”, una palabra puesta en acto que conmueve, incluso en el cuerpo. Siendo la metáfora y la metonimia los dos mecanismos del lenguaje presentes en toda literatura y poesía, que también encontramos como los mecanismos a través de los cuales se articula en Inconsciente ¿podemos concebir entonces la palabra literaria como un síntoma, como palabra síntoma? No siempre, por supuesto. Sin embargo, la palabra literaria se presenta como desciframiento, como reescritura de aquello que fue escrito antes y como aquello que nos es propio, nuestra historia (Maya Restrepo, 2003; Rancière, 2005). La palabra literaria nos permite entonces, a pesar de ser un oficio en soledad, construir un lazo social, nuevas formas de solidaridad o más bien nuevas formas de establecer vínculos y experiencias comunitarias.

Así, vuelvo a la pregunta sobre el nombrarse escritora en un país extranjero, el autorizarse a decir y sostenerse en su deseo. Una posición de extranjería, en ocasiones

de paria, a veces de observadora en el borde, con un dolor que permite preguntarse sobre la existencia y la singularidad. Sin embargo, esto a veces lo podemos encontrar también en otras escritoras que, aunque permanezcan en su tierra natal, se encuentren en una posición de no reconocimiento, o más bien de desconocimiento en aquello que antes era suyo y que se preguntan por lo universal de la literatura, como espacio íntimo y como sujeto de deseo, como el caso de la escritora Gisela Kozak en su novela *Todas las lunas* (2011), publicada mucho antes de que decidiera migrar. Justamente con esa pregunta comienza la obra, con las memorias de su protagonista Verónica Romano de Sant'Anna, narradas en primera persona:

Comienzo a escribir estas memorias antes de cumplir cuarenta años (...) Si no fuera por estas pérdidas podría perfectamente envanecerme por la maravillosa vida que me ha tocado; si no fuera por las lamentables e involuntarias separaciones, jamás hubiera sentido este impulso de guardarme en unas páginas (2011: 11).

En el caso de las venezolanas en Panamá, encontramos que las obras de Carolina Fonseca, María Pérez-Talavera y Yoselin Goncalves, que transitan por los géneros de cuento y novela, podemos tejer puntos de encuentro, preguntas y personajes que me llevaron a concluir que estas escritoras comparten una pregunta por la existencia, por el valor y el sentido de la vida, lo que en sí mismo encierra la pregunta por la muerte y nuestra finitud como especie, en medio de lo cual la literatura surge como un espacio que posibilita bordear una respuesta a aquello que no se logrará conocer del todo, a aquello que no podremos poner por completo en palabras, y que remite al concepto psicoanalítico de la *lalengua*. No en vano, muchos de sus textos remiten a la muerte, al nacimiento y la transformación.

Y más allá de esto, comparten además una escritura que podemos denominar "escritura desde el cuerpo", desde los sentidos, lo visceral sin dejar de lado lo racional, encontrándonos con la animalidad y la naturaleza como dos referentes constantes en sus historias, que se narran desde la estructura del poema, mini-cuento, cuento o novela. Desde el título del libro de Pérez-Talavera (*Umbrales líquidos*) y Fonseca (*Impulsos indomables*), hasta el terror y suspenso de las historias de Goncalves, sus creaciones están llenas de referencias a lo sensorial y a elementos del cuerpo que pasan por las experiencias y la sexualidad, como en el caso del cuento *Una flor mustia* (2016) de Fonseca, en el que una mujer que nunca se ha visto la vagina descubre los placeres de la masturbación y florece como un jardín. O el cuento *La voz* (2019) de Goncalves en el que una mujer sale de su cuerpo poseída por una voz que la lleva al éxtasis quedando desnuda en la calle. Siguiendo esta misma línea, en el cuento *Los desafortados* (2015) de Pérez-Talavera, podemos leer que, para hablar de

unos amantes que se encuentran en una relación erótica temporal pero que marca el comienzo de un disfrute distinto de la sexualidad para ella, se apela al cuerpo, lo soez, la voracidad que no se sacia:

Los desaforados consuman su deseo sin tapujos; su deseo es como un grueso filete de carne cruda al que devoran con las manos y a mordiscos frente a todos los comensales en el medio de un restaurante concurrido -incluso en presencia de la realeza- con la cualidad camaleónica de conservar su gracia aun cuando la sangre chorrea por las comisuras de la boca. *They are naturals*. (2015: 37).

Podemos hacer un paralelismo entonces entre lo que propone Heffes en relación con la identidad múltiple tras la migración, y la escritura con dimensiones múltiples y nómada, en la que se tejen relaciones entre el país de origen y el país en donde se hospedan de las y los escritores que escriben desde fuera. Podemos hacer incluso un paralelismo entre el dislocamiento frente al país, con el dislocamiento en relación al país-cuerpo-cultura patriarcal al que hacen referencia los últimos planteamientos de algunas teóricas feministas, como Rosi Braidotti (2005). El cambio de posición en lo real y lo simbólico de las mujeres, de objetos para los hombres (sexuales, de inspiración o utilitarios) a las mujeres sujetos con voz y apropiadas de su cuerpo, es una de las mayores rectificaciones subjetivas de los últimos tiempos, aun cuando esto no es generalizable a todas las mujeres. El cambio de posición desde lo no-subjetivo a lo subjetivo fue y es posible a partir del desarrollo de una autoconciencia genérica como resultado de los movimientos feministas, sobre todo a partir de los años sesenta (Lagos, 2009), independientemente de que las escritoras se reconozcan a sí mismas como feministas.

137

Este cambio de posición subjetiva implica moverse desde un lugar en el que la mujer estaba destinada a realizar y asumir los deseos de su padre y luego de su marido, a colocarse en un lugar en el cual puede tener deseos propios, distintos a los esperados socialmente (como desear no ser madre, o ser lesbiana, o ser heterosexual que ejerce su sexualidad con libertad) y que permite entonces acceder a la voz propia, a ese lugar de la enunciación que permite responderse a sí misma qué quiere como mujer. Definitivamente, en la actualidad las mujeres pueden desear cosas distintas, pueden desear y amar la palabra, el saber, el arte, el poder, a otra mujer, ser otro tipo de mujer y esto puede encontrarse, en primer lugar, en la literatura de estas tres venezolanas que escriben desde el Itzmo.

Es lo que Rosi Braidotti (2005) ha definido como el devenir mujer sobre la base de un sujeto no unitario, sino un sujeto multiestratificado y dinámico, cambiante, nómada. Para la autora, el devenir mujer tiene que ver con el afecto que

fluye, igual que la escritura, en el encuentro con los otros. Es un devenir siempre minoritario, es decir, se mueve en la dirección de los otros para, lejos de marcar la disolución de las identidades, revelar por el contrario diversas formas sexualmente diferenciadas. La migración definitivamente es un empuje, un movimiento que con suerte nos permite transitar este puente. Este proceso da cuenta de la construcción subjetiva de una feminidad distinta que implica la animalidad para entrar en el devenir minoritario e ir más allá, lo cual alude a la idea del animal interior, a la vez que cuestiona la concepción del hombre como ser racional, intensificando un espacio vital común que se cruza solo en grupo o manada. Es un diálogo con lo otro, el clásico monstruo interior, como Dr. Jekyll y Mr. Hyde, que libera al animal de la mirada antropocéntrica. El devenir animal es, entonces, como dice Braidotti “rozar el fondo, lo extraño que habita en el interior” (2002: 170). Bichos raros, animales marinos, peces, codornices, cuervos, pájaros, insectos, hormigas, centauros, carneros, ovejas y demás nos permiten transitar diversos espacios para lidiar con el dolor de la existencia, con la jaula de la vida cotidiana, para transitar por amores de ojo y oído, por los cuerpos, por el hambre, y por el desamor, por supuesto.

Escritura desplazada, dislocada

38 |

La distancia afecta la escritura. La dislocación afecta el imaginario creativo, es un hecho. Y la distancia y la dislocación traen consigo la posibilidad de vivir entre diversas lenguas y espacios. Es por lo que estas escritoras, así como muchas y muchos otros escritores que viven lejos de su país natal, toman referencias que remiten a la búsqueda y construcción de una identidad múltiple que permita darle un sentido a la experiencia de tránsito y arraigo en otra tierra (Heffes, 2012). De ello dan cuenta incluso los títulos de sus obras: fronteras, movimientos, bordes fluidos, bordes aparentes, voces, geografías, extimidades¹.

La dimensión espacial está siempre presente en aquello que se narra, bien sea para marcarlo, contextualizarlo, o bien para no hacerlo: para descontextualizar lo tiempo-espacial. Al respecto, diversos estudios sobre escritores latinoamericanos migrantes ponen de relieve la espacialidad, la vivencia de un espacio que de entrada está dividido, dos mitades que muchas veces están excluidos entre sí al dar cuenta

¹ Extimidad es un concepto propuesto por Jacques Lacan, un neologismo resultante de la unión de las palabras exterior e intimidad, para dar cuenta el modo en que el psicoanálisis lacaniano problematiza la oposición entre lo interno y lo externo, entre contenedor y contenido, en tanto lo real está dentro y fuera, al igual que el inconsciente, partiendo de que este no es un mero sistema psíquico, sino que es una estructura intersubjetiva, construida como un lenguaje. Este concepto se expresa topológicamente en la banda de Moebius y en la topología del toro

del espacio ausente y presente, el propio y el extranjero, el familiar y el no familiar, lo peligroso y lo seguro y otros significantes asociados a ello. Y es que, subjetivamente, la dimensión espacial modifica todo, lo que resume Gisela Heffes en una frase de Adorno (1945) que ella traduce así: “para el hombre que no tiene hogar, la escritura deviene el lugar para y donde vivir” (2012: 18). Ante esto podemos afirmar también: para la mujer que no tiene hogar, la escritura y el propio cuerpo deviene el lugar para y donde vivir, habitarse.

Así como la ciudad natal aparece en diversos cuentos de Carolina Fonseca, María Pérez-Talavera y Yoselin Goncalves, incluso apoyado en fotografías reales en el caso de uno de los cuentos de esta última escritora, considero que sus obras responden a lo que sostiene Hélène Cixous (2006), en cuanto a que una de las particularidades de la literatura escrita por mujeres es que tiene lugar en el cuerpo de los personajes o de la narradora y yo agregaría que incluso puede tener lugar en el cuerpo del lector o lectora, ya que son obras que te dejan una pregunta, una inquietud, un algo en el cuerpo, y que te obligan muchas veces a tomar una postura o a resolver aquello que no está completamente explícito en la narración; obligan a enfrentarnos a finales no felices, inconclusos, pero liberadores.

Podemos decir que lo que ha planteado De Beauvoir en 1949 y más recientemente teóricas como Cixous, puede conceptualizarse en lo que Ana Teresa Torres llama “deseo ser-en-el-texto” (2003), es decir, el deseo de la escritora (y el escritor) por la escritura, en tanto crea otra escena que aparece como absoluta y menos precaria que la realidad. Quien escribe muestra su vacío, aunque la voz que habla en el texto no sea siempre la suya, y aunque no siempre se sabe lo que se dice o por qué se dice. Para Torres, la autoría implica “asir por un instante el relámpago, el brillo mortífero del goce de la palabra” (2003/2006: 25). Esto sin duda, permite transitar por la migración, a partir del bien-decir y de lo singular que habita en cada uno.

Así, el acto literario es posible a partir de un sujeto cuya proposición es la escritura, un sujeto que expresa su pasión por el lenguaje. Para Torres, el lenguaje puede entenderse como un hecho autónomo, a partir del cual se crea un texto con voz propia, una voz siempre equívoca y múltiple, desde la que se desliza por los significantes y disloca sus significados. En la obra literaria el lenguaje siempre dice más de lo que dice el texto; es la ambigüedad constitutiva de toda escritura, que permite la polisemia y la interpretación, al igual que en el inconsciente. Es justamente la capacidad del lenguaje de decir más de lo que dice, ese plus de la palabra que permite la poesía y también la subjetividad, que en conjunto con los mecanismos de la metáfora y la metonimia, dan al ser humano la capacidad de resignificar y resignificarse a través de la palabra: “Pero es necesario confiar en el lenguaje, en su milagro

y creer fielmente con Lacan que el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (Torres, 2003/2006: 72). De allí las implicaciones y aportes que brinda la construcción literaria para la noción de mujer a lo largo de la historia, y desde los que nos llama en estas páginas, las implicaciones y aportes que brinda la literatura para la noción de la mujer migrante.

Si bien para las mujeres es constitutiva su formación a partir del gran Otro de la cultura patriarcal, el lenguaje brinda también la posibilidad de liberarse, de recrearse en sentidos distintos de los que estuvieron en el origen, que proviene principalmente del discurso familiar. Como sostiene Torres en *El alma se hace de palabras* (2003), lo relevante radica en que el lenguaje tiene un efecto, la palabra afecta al sujeto; es mediante la re-significación como podemos encontrar nuevos sentidos a partir del diálogo con el otro. Es por ello que las grandes obras literarias, más allá de ser juzgadas por si gustan o no, se caracterizan por tener un efecto profundo, una pregunta que incide subjetivamente en el o la que lee. Pero también es mediante la re-significación que, subjetivamente hablando, podemos transitar la experiencia de la migración y sus efectos para una mujer.

Podemos abordar entonces otro punto de unión en relación con aquel lector o lectora posible para estas obras, en tanto son textos que poseen diferentes niveles de lectura y eso que se ha denominado “estética migrante”. Llenos de intertextualidad, ponen sus textos a dialogar con las grandes obras de la literatura, el teatro, el cine, la música y otras expresiones del arte, con la posibilidad de contener diversos idiomas (donde la diglosia viene a decir algo de ese nuevo espacio habitado por diversas voces), con reflexiones en torno al lenguaje, al acto de hablar y escribir, al delicado y arduo proceso de la traducción, en fin, a dialogar con la literatura y lo humano. Esto implica en sí un recorrido en torno a autorizarse ante la página en blanco, nombrarse escritora, publicar y ganarse un espacio en un mundo que aún sigue siendo de los hombres, a pesar del número cada vez mayor de mujeres que escriben.

Son escritoras que nos llevan a sus bibliotecas, que nos permiten entrever sus habitaciones propias, que nos dejan acompañarlas una y otra vez en su acto de parir un bebé o de parir un libro. En tal sentido, escribir puede leerse también como dar a luz y dar a la luz aquello que nos es más propio, y que habla de la oscuridad, la angustia y el placer que habita en cada una, así como sobre nuestra particularísima manera de ver el mundo, la sexualidad, el desplazamiento y lo humano. El escribir y la literatura aparece entonces como un refugio, tres refugios distintos pero todos refugios en la palabra, ante el dolor de la existencia y la vacuidad de la vida actual. Y si bien estamos ante obras narrativas que no denuncian los avatares de la vida o de las dificultades

que tenemos actualmente para hacer lazos sociales en un momento en donde reina la inmediatez y la apariencia, estas escritoras nos muestran a través de la belleza de la ficción su crítica y angustia en relación a lo social, la familia y la desconexión actual, a la vez que nos permiten valorar un problema filosófico sumamente importante, como es el conflicto entre lo individual y lo colectivo, entre el individuo como sujeto y la familia como un deber o norma de agrupamiento social, pero que puede ser un infierno terrenal, sobre todo para las mujeres. Es por ello por lo que la pregunta por la muerte y el destino, si éste existe o si lo podemos burlar, es un asunto reiterativo entre sus libros, en un vaivén que va desde la elección propia hasta aquello que nos sobrepasa y que no podemos modificar. Podría decir entonces que estas obras nos permiten transitar por el hecho de que, en la vida o durante la vida, podemos elegir y lo importante es amar, porque el destino siempre es la muerte y, ante ese abismo, fantaseamos con un más allá.

Del libro *No apagues la luz* (2019) de Yoselin Goncalves, me queda una concepción hermosa sobre la creación literaria como un acto que permite recordar, y que no se remite necesariamente a una edad o fecha de nacimiento, sino a un tiempo lógico, un momento de confluencia en torno a una tragedia que, de seguro, nos estructurará como nación. Tomo una de sus líneas, que precisa que “recordar”, que viene del latín *recordis*, significa volver a pasar por el corazón: volver a pasar por el corazón la propia historia y la historia de todas las mujeres, la historia de los oprimidos, de las minorías, la historia de aquellos que no tienen un espacio visible en el caos de la ciudad, la historia de cuerpos que se saben sexuados. Por ello, me imagino a estas escritoras dando voz y apropiándose de su voz desde el borde, desde la diferencia, dislocadas. Como lectora, encuentro mujeres que a través de la literatura me regalan un espacio de igualdad, en la diferencia.

Si el inconsciente está estructurado como un lenguaje, tal y como afirmó Jacques Lacan, la proposición de Simone De Beauvoir toma particular relevancia si pensamos la literatura y el arte en general como “tentativas para fundar de nuevo mundo sobre una libertad humana: la del creador” (1949: 705). Somos seres de lenguaje y si ha de haber un alma, me la imagino como una habitación llena palabras, y no de cualquier palabra, sino de aquellas que nos llevan a la madre, a la madre patria, al origen. Me complace entonces que estas tres escritoras nos permitan fantasear un universo personal con mayor igualdad, con espacios para voces que en este momento tienen posiciones minoritarias o en ocasiones ni siquiera son escuchadas, que eleven la dignidad humana sin mojigatería, desde y con el cuerpo, con la sexualidad. El arte y la literatura requieren de la mayor libertad posible. La literatura es capaz de mostrar y perturbar las ideas, logrando un efecto en aquel que lee. La literatura

está ahí para develar, descubrir y mostrar, aquello que la sociedad prefiere olvidar.

Aunque no escriban desde su país, recomiendo a las y los lectores de Venezuela comenzar a leerlas. Comparto lo que sostiene Sylvia Molloy (2012) tras su propia experiencia como escritora, mujer y extranjera: que la vuelta al hogar -ese hogar que se convierte en una construcción imaginada pero que se toma como punto de referencia apenas se le ha dejado atrás- es imposible. Surge la posibilidad de habitarse, de llevar consigo una especie de país portátil que permite vivir ese “estar entre” característico del migrante. Y, sin embargo, escribir permite volver, permite recordar, permite curar. Con estas líneas, en este espacio, yo también vuelvo en esta oportunidad a la que una vez fue mi casa.

Referencias bibliográficas:

Braidotti, Rosi (2002/2005). *Metamorfosis: hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid, Ediciones Akal.

Cixous, Hélène (1986/2006). *La llegada a la escritura*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

De Beauvoir, Simone (1949/2010). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo.

Fonseca, Carolina. (2014). *A veces sucede*. Panamá: Editorial Tecnológica Universidad Tecnológica de Panamá.

_____. (2016). *Impulsos indomables a plena luz del día*. San José, Costa Rica, Uruk editores.

Fonseca, Carolina, Olga de Obaldía, Nathaly Ponce y Danae Brugiati (2016). *¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género*. Panamá, Modus Ludicus.

Fonseca, Carolina y Joel Bracho Gherzi (2016). *Resonancias. Cuentos breves de Panamá y Venezuela*. Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones.

Fonseca, Carolina y Dimitrios Gianareas (2013). *Dos voces 30 cuentos*. Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones.

Fonseca, Carolina y Enrique Jaramillo Levi (2015). *Cuentos compactos*. Ciudad de Guatemala, Indeleble Editores.

Fonseca, Carolina y Mónica Lavín (2014). *Escenarios y provocaciones. Mujeres cuentistas de Panamá y México 1980 – 2014*. Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones.

Goncalves, Yoselin. (2016). *El acecho de los inmortales*. Libro II. Amazon.

- _____. (2017). *El acecho de los inmortales*. Libro II. Amazon.
- _____. (2019). *No apagues la luz*. Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones.
- Heffes, Gisela. (2012). "Para una poética de los (dis)locamientos". En *Para una poética de los (dis)locamientos*. México, Literal Publishing.
- Kozak, Gisela. (2011). *Todas las lunas*. Caracas, Equinoccio, Universidad Simón Bolívar.
- Lacan, Jacques. (1981/2004). *El seminario: libro 1: los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires, Paidós.
- Lago, María Inés. (2009). *Hechura y confección: escritura y subjetividad en narraciones de mujeres latinoamericanas*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio.
- Maya Restrepo, Beatriz. (2003). *Psicoanálisis y poesía: un desciframiento del bien-decir*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.
- Molloy, Sylvia. (2012). "Retornos inconclusos: memoria dislocada y el deseo de volver". En *Para una poética de los (dis)locamientos*. México, Literal Publishing.
- Pérez-Talavera, María. (2015). *Umbrales líquidos*. Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones.
- _____. (2019). *Eran de madera*. Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones.
- Rancière, Jacques. (2005). *El inconsciente estético*. Buenos Aires, Del Estante Editorial.
- Russotto, Mátgara. (2006). *La ansiedad autorial. Formación de la autoría femenina en América Latina: los textos autobiográficos*. Caracas, Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela y Editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar.
- Torres, Ana Teresa. (1991/2006). *El alma se hace de palabras: cinco ensayos sobre escritura y psicoanálisis*. Caracas, Editorial Blanca Pantin.
- VV.AA. (2016). *De un tiempo a esta parte* (Asamblea de nuevos cuentistas en Panamá). Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones.
- VV.AA. (2019). *Evidencias: 6 cuentistas venezolanos residentes en Panamá*. Panamá, Foro/Taller Sagitario Ediciones